



POLTROT Y EL DUQUE DE GUISA.

Juan Poltrot de Méré, noble hugonote, resolvió asesinar á Francisco de Lorena, duque de Guisa, quien, despues de haber ganado la batalla de Dreux acababa de sitiar la ciudad de Orleans, que á la sazón se hallaba ocupada por los protestantes (febrero de 1563).—Poltrot confió su proyecto á Soubise, hugonote como él, y gobernador de Lion, el cual le envió á Coligny, quien dicen que le dió cien escudos, pero lo cierto es que Poltrot durante su proceso, persistió en designar como cómplices á Coligny y á Teodoro de Bèze. Sea de esto lo que quiera, Poltrot admitido en las filas del ejército, encontró bien luego la ocasion que buscaba.—Una noche que el duque de Guisa volvía de visitar su campamento, Poltrot emboscado detras de unos árboles, le tiró un pistoletazo á cinco pasos de distancia, de cuyas resultas murió al cabo de seis dias.—El asesino fué preso y despues descuartizado entre cuatro caballos en la plaza de la Grève.—Esa muerte del príncipe de Lorena sobrevenida en aquel instante en que iba á acabar para siempre con la guerra civil, desembarazó al partido protestante de su mas temible y hábil enemigo, y por eso la memoria de Poltrot ha sido venerada por los suyos que vieron en él un hombre que se habia sacrificado noblemente por la salvacion de sus hermanos.—Todos los pormenores de la viñeta están tomados de un grabado del siglo décimo sexto, firmado por Perrisin.—Abajo se ven las trincheras del sitio de Orleans.



LA JUSTICIA Y LA CARIDAD.

POR

M. VICTOR COUSIN.

La filosofía moral y política es ó debe ser una ciencia de observación: debe proponerse recoger los grandes fenómenos de que se compone la vida moral de los individuos y de los estados, clasificarlos según sus caracteres esenciales, y mostrarlos bajo sus principios más simples.

Una acusación general puede elevarse contra el mayor número de sistemas de moral, de legislación y de economía política, y es la de que se han dejado estraviar por la pasión de una falsa unidad, no habiendo reconocido más que un solo principio en donde la naturaleza y las sociedades humanas han encerrado dos que se ligan íntimamente pero que difieren entre sí, como son la justicia y la caridad. A mi juicio es imposible que la más pequeña sociedad viva y se mantenga un día con uno solo de estos dos principios, y por eso creo que todo sistema debe comprender ambos, pues que toda sociedad, así como todo individuo, obedece á ambos á la vez.

Déseme la más estensa declaración de los deberes y derechos del hombre y del ciudadano, y yo me encargo de probar que esta declaración puede basarse en la justicia y la caridad, y que es incompleta, si no da lugar á estos dos sentimientos naturales cuyo desarrollo más ó menos armónico se patentiza en toda sociedad.

Para establecer bien estos dos órdenes distintos de sentimientos, así como su intervención en las sociedades humanas, dividiré este escrito en dos partes, una relativa á la justicia, y la otra á la caridad.

PRIMERA PARTE.

DE LA JUSTICIA.

El hombre materialmente tan débil y tan pequeño á la faz de la naturaleza, se siente grande y lo es, por la inteligencia y la libertad. Pascal ha dicho que el hombre es una caña que piensa; y que aun cuando el universo le destruyera, el hombre sería mucho más noble que lo que le mata, porque el universo ignora su superioridad; y nosotros podríamos añadir que no solamente el universo no conoce su poder, sino que no dispone de él, siendo no más que un esclavo de sus leyes irresistibles, mientras que lo poco que el hombre hace sabe por qué, y puede suspenderlo ó dejarlo de hacer, si tal es su voluntad.

El hombre realzado á sus propios ojos por el sentimiento de su libertad, se juzga superior á todas las cosas que le rodean, cosas sin más valor que el que el hombre les da, porque no se pertenecen á sí mismas; el hombre se encuentra con derecho para ocuparlas, aplicarlas á su uso, cambiar su forma, alterar su arreglo natural, y hacer, en una palabra, todo lo que quiere, sin que penetre en su alma ningún remordimiento.

El primer hecho moral que la conciencia atestigua, es pues, la dignidad de la persona relativamente á las cosas, dignidad que reside con particularidad en la libertad.

La libertad, que eleva al hombre sobre las cosas, le impone obligaciones con respecto á sí mismo. Si el hombre se atribuye el derecho de hacer de las cosas lo que le parezca, no por eso pretende pervertir el de su propia naturaleza,

sino que por el contrario siente el deber de mantenerlo, y de perfeccionar incesantemente la libertad que reside en él. Tal es la ley primera, el deber más general que la razón impone á la libertad. Así, el capricho, la violencia, el orgullo, la envidia, la pereza y la intemperancia son pasiones que la razón manda combatir al hombre, pues que son contrarias á la libertad y alteran la dignidad de la naturaleza humana.

Los hombres, desiguales en fuerza física, en hermosura, en inteligencia, etc., son iguales en cuanto á la libertad, porque ningún hombre es más libre que otro: todos hacen de su libertad un uso diferente, pero no por eso son más ó menos libres, ni se pertenecen más ó menos á sí mismos. Bajo esta condición y únicamente así, los hombres son iguales; y al paso que se manifiesta esta relación natural, la idea majestuosa de la libertad mútua desenvuelve la de la mútua igualdad y la del deber igual y recíproco de respetar esa libertad, bajo pena de tratarnos recíprocamente como cosas y no como personas.

El hombre tiene derechos acerca de las cosas, y deberes acerca de sí mismo, y con respecto á los demás, tiene derechos y deberes que derivan del mismo principio. El deber que tiene el hombre de respetar á los demás constituye su derecho al respeto ajeno; en una palabra, nadie tiene otro derecho que el deber mútuo de respetarse entre sí.

No se debe confundir el poder con el derecho. Un ser podría tener un poder inmenso, como el del huracán, el del rayo, ó el de cualquiera de esas fuerzas de la naturaleza, pero si no uniese á ese don la libertad, no sería más que una cosa muy temible y horrorosa, pero no sería una persona, ni tendría derechos; podría inspirar un terror inmenso, pero sin tener el derecho de hacerse respetar, por lo cual no habría deberes para con un ser semejante.

El deber y el derecho son hermanos, y su madre común es la libertad; nacen el mismo día, y crecen y perecen á la vez, pudiéndose decir, que el derecho y el deber no son más que uno, un mismo ser mirado por dos lados diferentes.

No es cierto que los hombres tengan el derecho de ser igualmente ricos, hermosos y robustos, como tampoco el de gozar igualmente, en una palabra, el de ser igualmente felices; pues se diferencian originaria y necesariamente en todos los puntos de su naturaleza que corresponden al placer, á la riqueza y á la felicidad. Dios nos ha hecho desiguales en todas estas cosas, y de otro modo la igualdad es contra la naturaleza y contra el orden eterno; pues la diversidad es, como la armonía, la ley de la creación.

La libertad, con la igualdad así definidas, engendra todos los derechos y deberes. El desarrollo más íntimo del yo libre es el pensamiento. Todo pensamiento, considerado como tal en los límites de la esfera individual, es sagrado; y el pensamiento en sí, únicamente ocupado en la investigación de la verdad, es la filosofía propiamente dicha. La filosofía espresa en su grado más puro y elevado la libertad y la desigualdad del pensamiento, y de este modo la libertad filosófica es la primera de todas las libertades.

Otro desarrollo casi tan íntimo del pensamiento es la idea religiosa. Las religiones, como las filosofías, contienen más ó menos de verdad, habiendo una que sobrepuja incomparablemente á las demás, pero todas tienen un derecho igual á su libre ejercicio, en tanto al menos que no contrarian la dignidad de la persona humana.

Una religión, que autorizase la poligamia, es decir la opresión y el envilecimiento de la mujer, esa mitad de

la humanidad, no podría sufrirse, así como tampoco debería tolerarse un culto que, recomendando á sus fieles el observar entre sí la buena fé y la sinceridad, les dispensase de ellas para con los fieles de otro culto diferente. Lo mismo sucedería en toda congregación religiosa que impusiera á sus miembros la entera abdicación de su libre arbitrio prescribiéndoles el considerarse, con respecto á su jefe, como simples cosas inanimadas.

La propiedad es sagrada, pues que ella representa el derecho de la persona misma. El primer acto de pensamiento libre y personal es ya un acto de propiedad. Nosotros somos nuestra primera propiedad, es decir, nuestro *yo*, nuestro pensamiento y todas las demás propiedades derivan de esta y son su legítima consecuencia.

El acto primitivo de propiedad consiste en la imposición libre de la persona humana sobre las cosas: por este acto las hago mías, y desde entonces asimiladas á mi mismo, marcadas con el sello de mi persona y de mi derecho, cesan de ser simples cosas con respecto á los demás, y por consiguiente no caen ya bajo su ocupación y apropiación. Mi propiedad participa de mi persona; tiene derechos para mí, si puedo expresarme así, ó por mejor decir, mis derechos me siguen en ella y estos derechos son dignos de respeto.

Es difícil hoy día reconocer el fundamento de nuestros derechos. Una larga práctica nos induce á creer que las leyes, que después de un tiempo inmemorial protegen nuestros derechos, los constituyen, y que, por consiguiente, si nosotros tenemos el derecho de poseer, y si está prohibido el arrebatarnos lo que poseemos, lo debemos á las leyes que han declarado inviolable la propiedad. Pero ¿es realmente así?

Si la ley establecida descansase sobre sí misma, si no tuviese su razón en algún principio superior, ella sola sería el único fundamento del derecho particular, y el espíritu satisfecho no trataría de remontarse mas arriba, pero toda ley supone evidentemente principios que han sujerido la idea que la mantienen y autorizan.

Algunos publicistas han pretendido sentar el derecho de propiedad sobre un contrato primitivo, pero siendo así puede preguntarse, ¿cuál es la razón de ese contrato primitivo? La teoría que funda el derecho de propiedad en un contrato primitivo, no resuelve, pues, la dificultad.

También se dice que un contrato es una estipulación entre dos ó mas voluntades; pero de esto se seguiría que el derecho de propiedad es tan movable como el convenio de las voluntades. Un contrato fundado sobre este convenio no puede asegurar al derecho de propiedad una inviolabilidad que no está en él. Si por voluntad de los contratantes se decreta la inviolabilidad de la propiedad, un cambio de su voluntad puede también justificar un nuevo convenio, con lo cual la propiedad cesa de ser inviolable, puesto que puede sujetarse á diferentes modificaciones.

Comprender así el derecho de propiedad, basarle sobre un contrato ó una legislación arbitraria, es destruirlo. El derecho de propiedad no existe ó es absoluto. La ley escrita no es el fundamento del derecho, porque entonces no habría estabilidad ni en el derecho ni en la misma ley; la ley escrita tiene su fundamento en el derecho que le preexiste, que traduce y que consagra; pone la fuerza á su servicio, en cambio del poder moral que recibe.

Después de los jurisconsultos y los publicistas, que fundan el derecho de propiedad en las leyes y las leyes en un contrato primitivo, encontramos los economistas, que persuadidos de la importancia del trabajo y de la producción, colocan en

ellas el principio del derecho de propiedad. Cada uno, dicen, tiene un derecho natural esclusivo sobre el fruto de su propio trabajo; el trabajo es naturalmente productivo, y es imposible que el productor no distinga sus productos de los de los demás, como tampoco que no atribuya á su prójimo el mismo derecho sobre lo que le consta que produjo por sí mismo. Esta teoría es ya mas profunda que la precedente; pero es aun incompleta. Para producir es menester una materia cualquiera, son menester instrumentos, porque no se puede producir sino con la ayuda de alguna cosa que se posee ya. Si la materia en que trabajo no me pertenece, ¿á qué título los productos obtenidos me pertenecerían? De esto se sigue que, la propiedad preexiste á la producción, y que esta supone un derecho anterior que, de análisis en análisis, se resuelve en el derecho del primer ocupante.

La teoría que funda el derecho de propiedad en una ocupación primitiva toca á la verdad; en sí misma es verdadera, pero necesita ser explicada. Ocupar es apropiarse las cosas, lo cual supone que antes de la ocupación, existía ya una propiedad primera que nosotros entendemos por ocupación; esta propiedad primera mas allá de la cual no se puede remontar, es nuestra persona, y esta persona no es nuestro cuerpo, porque nuestro cuerpo es nuestro, pero no es nosotros; lo que constituye la persona, es esencialmente nuestra actividad voluntaria y libre, y en la conciencia de esta libre energía es en lo que el *yo* se distingue y afirma. El *yo*, he ahí la propiedad primitiva y original, la raíz y modelo de todas las demás, y todo el que no parta de esta propiedad primera, evidente por sí misma, es incapaz de establecer ninguna legítimamente.

El *yo* es, pues, una propiedad evidentemente santa y sagrada. Para borrar el título de las demás propiedades, es menester negar esta, lo que es imposible, y si se la reconoce, por una consecuencia necesaria, es menester reconocer también todas las demás que no son mas que esa misma manifestada y desenvuelta. Nuestro cuerpo no es para nosotros mas que el instrumento de nuestra persona y después de nuestra persona, nuestra mas íntima propiedad. Todo lo que no es una persona, es decir, todo lo que no está dotado de una actividad inteligente y libre, ó por mejor decir, todo lo que no está dotado de conciencia, es una cosa. Las cosas no tienen derecho, el derecho está no mas que en la persona, y las personas no tienen derecho sobre las personas; no pueden poseerlas ni usar de ellas á su voluntad: fuertes ó débiles, son sagradas las unas y las otras.

La persona humana inteligente y libre, y que á este título se pertenece á sí misma, se esparce sucesivamente sobre todo lo que la rodea, se lo apropia y se lo asimila, principiando por su instrumento inmediato que es el cuerpo, y luego por las diversas cosas inocupadas de que toma posesión, y que sirven de medio, de materia ó de teatro para su actividad.

Después del derecho del primer ocupante, viene el derecho que nace del trabajo y de la producción.

El trabajo y la producción no constituyen, pero confirman y desarrollan el derecho de propiedad. La ocupación precede al trabajo, pero no se realiza por el trabajo. En tanto que la ocupación subsiste sola, tiene algo de abstracto en algún modo, de indeterminado á los ojos de los demás, y el derecho que funda es oscuro; pero cuando á la ocupación se añade el trabajo, este la declara, la determina, y le da una autoridad visible y cierta. Por el

trabajo, en efecto, en vez de poner simplemente la mano sobre una cosa desocupada, imprimimos en ella nuestro carácter, nos la incorporamos, y la unimos á nuestra persona, y esto es lo que hace respetable y sagrada á los ojos de todos la propiedad hija del trabajo libre é inteligente del hombre. Usurpar la propiedad que el hombre posee en calidad de primer ocupante, es una accion injusta, pero arrebatar á un trabajador la tierra que regó con su sudor, es una iniquidad vituperable.

Desde que una cosa es mia lejitimamente puedo disponer de ella libremente puesto que libremente la adquirí; la puedo prestar, cambiar, ó dar con esta ó la otra condicion ó sin condicion ninguna. El derecho de alquilar y de vender, el de donacion, y todos los otros derechos que derivan de estos, descansan sobre la base inalterable del derecho primitivo y permanente de la persona.

Ahora bien, si puedo dar lo que me pertenece, puedo tambien transmitirlo á quien quiera y con mas razon á mis hijos. Seria extraño que se me disputase tratándose de mis hijos, el derecho que tengo con respecto al primer venido. La transmision que hago de mis bienes es lejitima de todo punto, porque es libre, y ademas se apoya en un sentimiento sublime que es el deseo innato de revivir enteramente con todo lo que se posee en una segunda naturaleza propia, como lo es un hijo. Por último, cuando examinamos esta transmision, nos parece totalmente razonable, favorable ó mas bien necesaria para la duracion y la perpetuidad de la familia, de la sociedad y del jénero humano. El derecho de herencia, tan saludable por sus consecuencias, es pues sagrado en su principio, porque no hace mas que manifestar en los hijos el derecho del padre, y en este el derecho de cualquiera que posee de disponer de lo suyo á su gusto y con mas razon segun las dulces propensiones de su corazon, y segun su interes propio que se confunde en este punto con el interes jeneral.

Las leyes aceptan y consagran el derecho de disponer de lo que se posee; no le crean sino que le toman, en cierto modo, de la conciencia del jénero humano; en una palabra, no le fundan, pero lo garantizan.

De lo dicho resulta que el derecho natural reposa en un solo principio, que es la santidad de la libertad del hombre. El derecho natural, en sus aplicaciones á las diversas relaciones de los ombres entre sí y en todos los actos de la vida social, contiene y enjendra el derecho civil, y como en realidad el derecho civil se funda únicamente en el ser libre, el principio que domina en todo el derecho civil es el respeto de la libertad, respeto que se llama justicia.

La justicia confiere á todo hombre el derecho de obrar libremente, á la condicion que el ejercicio de este derecho no se oponga al ejercicio del derecho del prójimo. El hombre que, para ejercer su libertad, violase la de otro faltando así á la misma ley de la libertad, se haria culpable, porque siempre se debe respetar la libertad, sea propia ó ajena; en tanto que el hombre usa de su libertad sin perjudicar á la libertad de su semejante, se halla en paz consigo mismo y con los demas; pero así que conspira contra las libertades iguales á la suya, las perjudica y las deshonra, perjudicándose y deshonorándose á sí mismo, pues perjudica al principio mismo que constituye su honor y que le hace respetable á los demas.

La paz es un fruto natural de la justicia, del respeto que los hombres se tienen ó deben tenerse los unos á los otros, puesto que son todos iguales, es decir, que todos son libres.

Se concibe que la paz y la justicia tengan adversarios permanentes é infatigables en las pasiones, hijas del cuerpo, y naturalmente enemigas de la libertad, hija del alma. Cualquiera que quebrante la libertad es culpable, y por consiguiente reprehensible; pues el hombre no solo tiene el derecho de defender su libertad, sino tambien el deber, y de aquí la idea de la represion y la lejitimidad del derecho de castigar.

Si el hombre, culpable solamente contra su propia libertad, no depende mas que del tribunal de la razon y de la conciencia, desde que perjudica las libertades iguales á las suyas, es responsable ante sus semejantes, y merece ser juzgado ante ese tribunal que castiga á los violadores de la justicia y de la paz, á los enemigos de la libertad pública.

Pero ¿quién compondrá ese tribunal, y quién podrá apoderarse del culpable y condenarle? ¿En quién podrá depositarse el poder necesario para hacer respetar la libertad, la justicia y la paz? De aquí nace la idea de un gobierno.

La sociedad es el desarrollo regular, el comercio pacífico de todas las libertades, bajo la proteccion de sus derechos recíprocos. La sociedad no es obra de los hombres, es obra de la misma naturaleza de las cosas. Hay una sociedad natural y lejitima de que todas las demas no son mas que copias mas ó ménos imperfectas, y á esta sociedad corresponde un gobierno natural y lejitimo, que merece todo nuestro respeto, que nos defiende, que nosotros debemos defender, y en quien tenemos el derecho de colocar y sostener la fuerza necesaria para el ejercicio de sus funciones.

Pero la fuerza que debe servir puede perjudicar tambien. El arte social no es otra cosa mas que el arte de organizar el gobierno de manera que pueda siempre velar eficazmente en defensa de las instituciones protectoras de la libertad, sin poder volver nunca contra estas instituciones la fuerza que se le confió para sostenerlas.

El principio y el objeto de todo gobierno humano, digno de este nombre, es la proteccion de los derechos naturales, como lo han reconocido las dos naciones modernas mas adelantadas hasta hoy en organizacion social, que son, la Inglaterra en el famoso bill de los derechos, y principalmente la Francia, en la inmortal declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano. Esto es lo que proclama la filosofía; pero se detiene aquí, ó al ménos no ajita de un modo terminante la cuestion de saber cuál es la mejor forma de gobierno, porque esta cuestion depende á la vez de principios fijos y de circunstancias que varian segun los lugares y tiempos.

¿Hemos terminado nuestra tarea con esta teoría? ¿Todos nuestros derechos públicos y privados se limitan á nuestros deberes con respecto á la libertad? Por mi parte no lo creo, y me apresuro á llamar la atencion hácia una distincion importante, que en cierto modo es como el alma de la filosofía moral y política.

(Se concluirá.)

— Mas le gusta á un pedante hablar de lo que sabe, que de lo que nosotros ignoramos.

— No nos asombremos de la prosperidad del malvado ni de las desgracias del justo, porque la vida es un libro cuyas erratas están al fin.

— En otro mundo mejor volveremos á hallar nuestros años juveniles y nuestros antiguos amigos.

— El charlatan á fuerza de ponderar su pomada, acaba por creer en su virtud, y por hacer uso de ella.

J. PETIT-SENN.

LOS TITERES CHINOS.



Teatro mecánico chino.

Son innumerables los espectáculos y diversiones que se disputan la curiosidad de los chinos en los días de fiesta; por todas partes no se ven mas que teatros ambulantes, sombras chinescas, títeres, linternas mágicas, maquinarias complicadas y extrañas, animales sábios, charlatanes que curan toda clase de males, adivinos que echan la buena ventura, cantantes, músicos, improvisadores, riñas de codornices, cómicos y graciosos de todos jéneros. Todas las clases ricas ó pobres se divierten en esos juegos mucho mas variados que los de Europa. Barrow, que ha descrito el teatro mecánico que damos al frente de estas líneas, le vió por primera vez en las fiestas que se dieron á los ingleses en el parque imperial de Zhe-hol por orden del emperador Kien-long en celebridad de la recepcion de la embajada. Los hilos que ponen en movimiento los títeres, en vez de salir de su cabeza, se hallan dispuestos por debajo de sus piés; la orquesta se compone ordinariamente de un solo músico cuyo principal instrumento es una flauta horizontal de bambú barnizado con doce agujeros, que se llama *yo*. Subido en un taburete, el hombre que pone en movimiento los muñecos, se envuelve desde los piés hasta los hombros en un ropaje de indiana azul, muy es-

trecho por abajo y ancho por arriba; las manos invisibles del titiritero mueven los personajes de madera con una destreza y habilidad verdaderamente extraordinarias, y concluida la representacion, encierra sus personajes cómicos y su ropaje de indiana en un cajon y transporta á otra parte su teatro. Los títeres chinos son preferibles á los nuestros, porque los sainetes que representan con los muñecos son mucho mas variados y sobre todo mas graciosos y morales que los nuestros. En la China hasta las clases mas pobres poseen una cierta instruccion, gracias á la multitud de libros baratos que se imprimen en el Celeste imperio desde el IX^o y X^o siglo, habiéndose cultivado todos los ramos de la literatura con una actividad increíble. Nosotros despreciamos ese pueblo lejano sin conocerle; en los últimos siglos estuvo á la moda ponderarle hasta lo sumo, y hoy lo es el ridiculizarle hasta mas no poder: sin embargo la mayor parte de los viajeros contemporáneos no conocen del pueblo chino mas que sus costumbres mercantiles; ¡quién sabe si profundizando mas, podríamos recibir de ese pueblo singular algunas lecciones mas importantes que las de sus teatros de títeres!

EL DOMINGO EN INGLATERRA.

Una de las costumbres que mas escrupulosamente respetan los ingleses, es la estricta y rigurosa observancia del descanso prescrito en el santo dia del domingo, dia solemne que pertenece esclusivamente á las prácticas y meditaciones religiosas, y en el que no solo se suspenden los negocios, sino que aun las diversiones están prohibidas.

Las menores ocupaciones estan proscritas severamente de la vida comun y no hay que pensar en los simples entretenimientos. El único progreso que se ha realizado, la única conquista que han obtenido los novadores, conquista por que jimen los ingleses montados á la antigua, es que de algun tiempo á esta parte se permite la música el domingo, no pública, sino particular, dentro de casa y solo para entretenimiento del que la ejecuta; pues si antes cualquier imprudente tocaba un instrumento, inmediatamente la policía llamaba á la puerta, en nombre de las leyes divinas y humanas, le mandaba cerrar el piano ó meter el violin en la caja, la flauta en el estuche, ó el clarinete en la funda, y el inglés obedecía sin chistar con la docilidad característica del pueblo mas constitucional del orbe.

La casa de Correos, como todos los demas establecimientos, está cerrada; nada entra y nada sale en ella el domingo; y aunque la vida de uno dependiese de una carta recibida en la noche, el inflexible y religioso despacho permaneceria cerrado y seria preciso esperar al otro dia, á riesgo de perecer. ¿Quién sabe cuántos accidentes, calamidades y desastres ha ocasionado esta disposicion! pero qué importa: arda Troya y el mundo entero antes que faltar á un principio británico!

Grave es, seguramente, que una ciudad como Londres se prive un dia á la semana de toda comunicacion con el resto del Universo: la capital de Inglaterra descende ese dia de su rango, y la ciudad mas pequeña de provincia no ofrece tan pocos recursos; ya no es tan grande, tan brillante y tan animada como lo fué en la semana; cesa la agitacion; se interrumpe la vida; ciérranse los almacenes y aun las tiendas en que se venden objetos de primera necesidad. ¡Pobres de los que hubiesen olvidado hacer sus provisiones la vispera, porque se verian condenados al ayuno y á la abstinencia! El sábado por la noche se iluminan los mercados y se despachan los alimentos del domingo hasta que suena la primera campanada de las doce, hora fatal en que las luces se apagan y todo se somete á la ley del reposo y de la inaccion que los mandamientos de la Iglesia prescriben. Un hambriento con el bolsillo bien repleto llamaria en vano á la puerta de una taberna. Y en vano tambien un sediento pretenderia entrar en una taberna ántes tan concurrida. ¿Teneis hambre ó sed? Id al sermón, es lo único que se os puede servir el domingo.

Los templos consagrados al tan ríjido protestantismo estan de par en par abiertos, y todos pueden ir allí á buscar el alimento del alma y el pan de la palabra evangélica. En todas partes abunda la multitud. Personas de todas condiciones y de todas edades asisten con puntualidad al oficio dominical. Unos van á la parroquia de su barrio, otros á su iglesia predilecta, porque no es devocion tan sincera que no ceda á veces á un móvil mundano y al atractivo de una secreta inclinacion. Sacude con frecuencia que el nombre del orador determina la eleccion del templo, y es

asunto de moda y curiosidad que allí como en otras partes ejerce gran influencia.

Las iglesias de Londres, para atraer á los fieles, hacen como los teatros, y los predicadores como los artistas dramáticos y líricos: se valen de carteles semejantes á los de las diversiones, y en ellos repartidos con profusion por la ciudad y colocados en los parajes mas frecuentados, se lee:

« El reverendo Wilkinson predicará el próximo domingo en la iglesia de San Martin. El testo de su sermón será esta máxima de la Escritura: — « Lo que no quieras para tí, no quieras para otro. » « *Quod tibi non vis heri, alteri ne feceris.* »

Y á la manera que la representacion de una comedia se repite cuando ha tenido buen éxito, así un sermón que causa viva impresion á los fieles, se anuncia la primera, la segunda, tercera y cuarta vez, hasta que estos quedan satisfechos.

Los antiguos testos de las leyes se respetan por las jentes de justicia. Sucede á veces que la empolvada jurisprudencia de los tiempos pasados hiere á las nuevas ideas y contraria algun tanto las costumbres modernas; pero tambien por una admirable compensacion, el respeto á la ley llevado hasta la supersticion, es la salvaguardia de los intereses de todos los ciudadanos. No hay país en el mundo en que el derecho de cada uno sea tan escrupulosamente conservado como en Inglaterra, sobre todo en lo concerniente á la propiedad, á la libertad individual y á la inviolabilidad domiciliaria. Repetidos ejemplos ponen en evidencia esta verdad consoladora, y aun hace poco tiempo una aventura que ha causado mucho ruido en Londres demuestra cuan respetado es el derecho, cuando es necesario, aun en detrimento de la razon y del interes público.

Dos señoras ancianas, unidas con los lazos de una antigua amistad, habitaban juntas en el barrio de la calle de Orforo. Una de ellas murió el mes pasado, y la otra esperó un dolor tan intenso que su espíritu se turbó en términos de creer que su amiga no habia muerto, y guardó el cadáver en la casa de que era dueña. En vez de amortajarle, la buena señora puso á la difunta el traje mas elegante que tenia, y la mejor papalina, la sentó en su sillón, en su lugar favorito y se puso á hablarla como tenia de costumbre de las noticias del dia, sin inquietarla el silencio con que acogia sus palabras, y encargándose gustosa de sostener la conversacion. A la hora de comer, condujo el sillón al comedor, y se puso delante de la mesa en que habia tenido cuidado de colocar los dos cubiertos de costumbre, y sirvió á su amiga como si viviese, llenándole el vaso y presentándole los manjares de su gusto. Por la noche la leía, y á la hora acostumbrada la pidió permiso para acostarse. Esta farsa empezó el lunes y duró hasta que las fétidas exhalaciones emanadas del cadáver se esparcieron por la vecindad. Despues de haberse valido los vecinos inútilmente de medios amistosos, se quejaron al condestable, quien se presentó en la casa mandando que sacasen el cuerpo. Tan pronto como la buena de la señora supo que trataban de separarla de su amiga, se apresuró á atrancar todas las puertas de la casa, y salió á la escalera á recibir á los majistrados.

— Se atreve usted, — exclamó, — á entrar de este modo en mi casa, y osa tomar el título de majistrado, hollando la ley que protege el derecho domiciliario y le hace inviolable como el de todo ciudadano inglés? Solo puede

usted penetrar aquí en virtud de un decreto del tribunal supremo, y no teniéndole, su presencia en mi casa es un crimen: así, pues, salga antes que invoque contra usted el rigor de las leyes que ha profanado.

Y con ademan altanero, la frente severa y la mirada irritante, la loca señaló la puerta de la calle que abriera su criada al desventurado condestable, el cual no replicó, porque había traspasado los límites de su autoridad con la idea de que no dejaría de hacer buen negocio con una mujer privada de razón. Llamado al orden por ese apóstrofe, á la vez tan justo y tan firme, se retiró avergonzado y confundido, mientras que la loca volvía al lado de su difunta amiga, para contarla la escena que acababa de pasar.

Los vecinos se dirijieron entonces á la autoridad superior. Pero el caso no estaba previsto en la ley inglesa, ningun testo daba derecho de penetrar á la fuerza en un domicilio para sacar de él un cadáver, de suerte que á pesar de la urgencia del caso la justicia retrocedió ante una medida ilegal. Todos los jurisconsultos de Londres se movieron; el lord canceller presentó el negocio en consejo privado, y se rodeó de todas las luces de la magistratura y del foro, tratando de vencer la dificultad por medio de un plan ó combinacion prudente; pero no hallándole tantas y tan privilegiadas cabezas, se veían reducidas á confesar su impotencia, cuando la buena de la señora, que era la causa de todo, murió de repente. Esto cortó la dificultad, y las dos amigas fueron enterradas en una misma sepultura.

A las doce del día del domingo, terminados los oficios religiosos, algunas tabernas se entreabren para recibir á los desgraciados que tienen vacío el estómago y seca la garganta, pero son escasos los consumidores, y en aquellos lugares, tan animados durante la semana, reinan el silencio y la tristeza. Los ingleses frecuentan las tabernas, y aun la misma aristocracia no se desdena de entrar en estos establecimientos mas acreditados en que se celebran banquetes de asociacion, siempre numerosos y muy repetidos en Londres.

El dicho día los espectáculos y teatros, desde el mas grande al mas pequeño, desde la Opera hasta el tablado del Polichinela, todos están cerrados: llegada la noche, todo presenta el aspecto mas melancólico y taciturno.

Para conocer el tedio á toda prueba, no hay mas que pasar un domingo en Londres; así es como se comprende el *spleen*, y se admira uno de que el año pasado no haya habido en Londres mas que 3500 suicidios. Resultado mas grande merecian los cincuenta y dos domingos del año.

EL PANICEUM.

Así se llama una máquina para hacer pan de toda clase que acaba de inventarse en Inglaterra por Mr. R. E. Lee, y de la que el inventor presentó, pocos días hace, públicamente en Londres un modelo operativo y esplicó todas sus operaciones y utilidades, que se recibieron con aprobacion jeneral y producirán mucha sensacion en Europa.

Segun leemos en los periódicos ingleses, esta máquina quita casi toda la necesidad de manipulacion en hacer el pan, y toda la labor del hombre desde el momento que salga la harina del saco hasta que el pan ó biscocho esté pronto para el horno; entonces ya no falta mas que hornarlo y eso un muchacho puede hacerlo en un instante.

La diferencia principal entre el modo actual y la adap-

tacion de esta máquina para hacer pan, consiste en el uso de agua preparada ó encarbonada que tiene fijado el gas para esponjar la masa antes de mezclarla con la harina, lo que escluye toda necesidad de la levadura, al paso que economiza un quince por ciento en las propiedades nutritivas, y que sale el pan mas sabroso y saludable. Para complacer á los panaderos y otros preocupados en favor de la levadura, tiene la máquina tambien su aparato distinto, en el que se van mezclando igual y menudamente las partículas de la levadura con sus cantidades correspondientes de harina y agua, en vez de gastar no poco tiempo en esperar hasta que una pequeña porcion de la levadura lo esponje todo. Nada dió mas satisfaccion al auditorio que el aparato tan completo é ingenioso por el que la harina y el agua estaban alimentadas en la máquina con igual grado de velocidad; arreglándose la cantidad del fluido por un gobernador, que señala siempre las proporciones entre los dos elementos, la harina y agua.

Hay tambien una disposicion sumamente ingeniosa para igualar el peso de cada pan, la que impide toda posibilidad de variacion, facilitando en el mismo acto de hacer el pan, el añadir ó disminuir hasta un quebrado de una onza, mas ó ménos. M. Lee demostró la utilidad de esta máquina para ejecutar todas las operaciones del oficio de panadero, tanto separada como simultáneamente: moler el trigo, aderezar la harina, mezclar la pasta, amasar la masa, amoldar el pan, cortar el biscocho, llenar el horno y cocer la hornada por medio del vaho que impele la máquina de vapor. Al punto de sacarse el pan del horno, se escluye el vaho y se sustituye el aire. Otro aparato indica y arregla el calor, de modo que el panadero puede asegurarse de que la hornada no saldrá ni cruda, ni poco cocida, ni quemada. Una máquina para producir 600 panes en la hora cuesta 450 libras esterlinas.

San Agustin dice que en todo hombre hay una serpiente una Eva y un Adán.

— Nada es intelijible para aquel que tiene miedo de las ideas.

— Viajando á pié, mas vale un compañero alegre que una buena carroza.

— Cuando luce el sol, hasta el lodo se pone brillante.

— El hombre mas dichoso es aquel que sabe establecer una íntima relacion entre el principio y el fin de su vida.

— La verdad es una antorcha, pero una antorcha inmensa; así, cuando pasamos á su lado cerramos los ojos por miedo de quemarnos.

GOETHE.

GALERIA BORGHÈSE.

El palacio Borghèse, que no debemos confundir con la ciudad del mismo nombre, se halla situado donde estuvo antiguamente el campo de Marte, cerca de Ripetta entre el Corso y el Tiber. La construccion de este palacio fué principiada en 1590 por el cardenal Pedro Desá que nació en Sevilla en 1529, prelado que fué á la vez en España, inquisidor, magistrado civil y capitán jeneral del reino de Granada, hasta que Gregorio XIII le confirió la dignidad de cardenal en 1578, época en que fué á establecerse en Roma donde concurrió á la eleccion de siete papas y presidió el tribunal de la inquisicion. Martino Sughí arquitecto de Milan principió la construccion del palacio del cardenal Desá, que concluyó en 1610 Flaminio Ponzio. El patio es cuadrado con soportales de un aspecto grandioso;

sus dos escaleras son muy notables, así como sus grandes aposentos de estío y de invierno adornados de pinturas, tapicerías y mármoles preciosos. En el piso bajo hay doce salas abiertas al público, donde puede admirarse una de las mejores colecciones de cuadros que posee la Italia; se-

ria muy largo enumerar las infinitas bellezas que se encuentran en ellas, y además de que le serviría al lector una larga lista de nombres? Así pues, nos contentaremos con dejar entrever las numerosas riquezas de esa colección, cuya elegancia puede adivinarse por nuestro dibujo.



Vista de una sala de la galería Borghése, por los Sres. FRAPPAS Y FREEMAN.

En este dibujo se ven reunidos algunos de los mejores cuadros colocados en diferentes salas de la galería.—1. Cerca de la ventana, la Sibila por GUERCHIN.—2. El Cristo muerto, por VAN-DYCK.—3.—Julio II, por RAFAEL.—4. El Amor Sagrado y el Profano, por TICIANO.—5. César Borgia, por RAFAEL.—6. Una Madona, por A. DEL SARTO.—7. El Amortajamiento de Jesús.—8. La Cacería de Diana, por el DOMINIKO.—Las pinturas del techo son de HERMENEGILDO COSTANTINI.